

Lia

Murora del bien

LA AURORA DEL BIEN.

LA AURORA DEL BIEN,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JUAN RODRIGUEZ RUBÍ.

Estrenada en el Teatro Martín de esta Corte, la noche del 12
de Marzo de 1872.

MADRID.

IMPRESA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1872.

PERSONAJES.

ACTORES.

| | |
|---------------------------------|---|
| AURORA..... | SRA. D. ^a DOLORES CARCELLER. |
| DOÑA ASUNCION.... | CONCEPCION SOLÍS. |
| FILOMENA..... | ANTONIA MONZON. |
| ENCARNACION..... | DOLORES MARTIN. |
| DAMA 1. ^a | VICTORIA BROCAL. |
| IDEM 2. ^a | CÁRMEN SOLÍS. |
| EL MARQUÉS DE SAN GIL..... | SR. D. F. DOMINGO. |
| EL DUQUE DEL SO- LAR..... | V. YAÑEZ. |
| DON BLAS..... | B. COBEÑA. |
| CABALLERO 1. ^o | TORMO (Hijo). |
| IDEM 2. ^o | P. J. MORENO. |
| IDEM 3. ^o | E. FRAILE. |
| NOTARIO..... | TORMO (Padre). |
| LACAYO..... | J. OLIER. |
| Damas, caballeros. | |

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar; ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Literaria-lírica y Dramática de *Los Bufos Arderius*, son los encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

A MATILDE.

Á tí que has sido tan buena hija como hoy
eres modelo de esposas, dedica esta comedia con
todo su corazon tu esposo amantísimo

Juan.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

ACTO PRIMERO.

La escena representa un sotabanco. Algun que otro mueble rico, aunque antiguo, los demas miserables y desvencijados. Puerta en el fondo y lateral derecha.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ASUNCION, el MARQUÉS, paseándose. Ambos pobremente vestidos.

ASUNC. ¡Pobre hijo mio! ¡tan jóven
y en brazos de la miseria!
¡Ay! el alma se me parte
al verle de esa manera!
Tú que figurar debias
en medio de la nobleza,
que estás en la edad hermosa
de las ilusiones bellas,
que eres fuerte, hermoso y jóven,
porque el cielo á manos llenas
derramó sobre tus ojos
la hermosura que él refleja!...
Hijo mio... ¿no me escuchas?
siéntate de mí más cerca.

(Cogiéndole de una mano y obligándole á sentarse
en un taburete á sus piés.)

¡Ven! si tu madre te adora!...

¡Ay! levanta la cabeza
(Cogiéndosela con ambas manos.)
y mírame frente á frente!
Hijo, ¿por qué te avergüenzas
El ser pobre no deshonra...
y ¿lloras? ¡bah! ¡qué simpleza!
Eres jóven y podrás
hacer que su rumbo tuerza
la desgracia que inclemente
nos persigue; yo soy vieja
y Dios hará que muy pronto
no te haga pasar más penas.

MARQ. Madre, ¡por Dios! cállate,
que la sangre se me hiela
al escuchar tus palabras...
cuyo sentido me aterra.
¡Qué me queda á mí en el mundo
el dia que tú te mueras!
¿quién su mano me dará?
¿quién escuchará mis quejas?
y quién dejará en mi frente
solo una caricia impresa?

ASUNC. (Besándole en la frente.)

¡Perdóname! (¡Ay!)

MARQ. Soy jóven,
madre, me sobran las fuerzas
para luchar con ventaja
con la más pujante fiera;
soy robusto, que en mis brazos
la sangre hierve y golpea,
y sin embargo, no encuentro
quien darme trabajo quiera.
Me olvido que soy marqués,
me olvido de mi grandeza,
que nada ayudan los títulos
cuando la penuria aprieta;
me olvido que trascurrió
mi juventud placentera
entre palacios y trenes
y adulaciones y fiestas;
y acudo donde hacen casas,
acudo á las carreteras

donde con honra llevara
el azadon y la espuerta
con tal de traer á casa
una mísera peseta,
y me miran y se rien
porque ven mis manos tersas,
mi figura... no sé cómo,
mi luciente cabellera,
y me toman por un loco
y mi trabajo desprecian.
Yo no sé nada, no tengo,
madre mia, una carrera...
¡mi infancia pasó entre goces
y los goces nada enseñan!
Y hoy que pobres nos miramos,
me aburre, me desespera
que siendo jóven y fuerte
me agite entre la impotencia.

ASUNC. ¡Es verdad! acusacion
cuanto impensada tremenda!

MARQ. Antes de hacerte una injuria
me morderia la lengua!

ASUNC. No eres tú el que me la causa,
es, hijo mio, ¡mi estrella!
¿Á quién hemos hecho daño?
¡Señor! qué venganza es esta?
Hijo, no te quepa duda,
hay álguien que nuestra huella
sigue con el mismo afan
que el lobo sigue á su presa.
Yo entre mis sueños le he visto
con su mirada sangrienta
gozando en nuestros dolores,
riyendo con nuestras penas.

MARQ. ¡Visiones del sueño son!

ASUNC. No, hijo mio: ¿no recuerdas
cuán pronto desaparecieron
nuestras cuantiosas riquezas?
Murió tu padre y á poco
la casa donde hizo entrega
de su fortuna, quebró:
volaron nuestras haciendas,

una tras otra dejándolas
el incendio hechas pavesas:
el notario que guardaba
nuestros títulos, se ausenta
con ellos, sin que á estas horas
á donde se fué se sepa.

¿Esto qué es? ¿qué significa?
¿quién en nuestro mal se emplea?
Si yo no he hecho daño á nadie,
¿por qué en nosotros se venga?
En tanto nuestros parientes
de nosotros hacen befa
y no piensan socorrernos.

MARQ. Hacen muy bien si tal piensan,
porque nada les pedimos

ASUNC. Aunque en el alma lo sienta,
te lo tengo que decir...

MARQ. ¿Qué, madre?

ASUNC. Que no nos queda
nada que vender, ya há tiempo
dispuse de mi postrera
alhaja... mas no te aflijas!
recobra la fortaleza...

MARQ. (¿Qué haré, Dios mio? ¡me ahogo!)

ASUNC. Resignémonos, paciencia,
y cúmplanse los designios
del que en los orbes impera.

MARQ. ¡Cúmplanse! mas no olvidemos
que está á nosotros sujeta
esa muchacha y ya es hora
que le hablemos con franqueza.

ASUNC. Es verdad!

MARQ. Á nuestro lado
vivir la pobre se empeña,
y no es justo que más tiempo
por nuestra causa padezca.
¡Bastante ha sufrido ya!
tenga criados quien pueda
recompensar sus servicios,
y el que no, que no los tenga.

ASUNC. Tienes razon, llámala
y que el cielo nos proteja!

(El Marqués váse por la derecha.)

ESCENA II.

DOÑA ASUNCION, despues AURORA.

- ASUNC. Hijo de mi corazon,
mi alma al verte desfallece
y á cada momento crece
mi angustiosa confusion.
- AUR. ¿Me llamaba usted, señora?
- ASUNC. Cierto: te he llamado, sí;
pero ven, más cerca... aquí,
siéntate á mi lado, Aurora.
- AUR. Estoy bien.
- ASUNC. Cumplidos deja,
que en vano harás que recobre...
¡si soy una vieja pobre!
¡si soy una pobre vieja!
y la edad todo lo asola,
conque en vano te entristeces...
¡ya ves! soy pobre dos veces;
tú lo eres una sola,
conque no te engaño, ¡no!
y ya te lo he dicho todo...
pues pensando de este modo
eres más rica que yo.
Jóven, hermosa, sin calma,
son los disgustos un juego,
porque los consume el fuego
que guardamos en el alma.
Á mi edad... ¡es tan profundo
el aliento del estío,
que nos aterra su frio
y la soledad del mundo!
- AUR. ¿Soledad? ¿nada valdrá
su hijo?
- ASUNC. ¡Ay!
- AUR. Y en Aurora
tiene usté una servidora
que nunca les dejará.

ASUNC. Á eso voy: para eso aquí
 te llamé en este momento...
 óyeme sin sentimiento,
 ¡el mundo lo quiere así!
 Por artes que no comprendo,
 si eramos ricos ayer...
 hoy nos falta que comer,
 hoy estamos pereciendo.
 ¡Que Dios te bendiga, Aurora!
 con tus amos has sufrido
 y con nosotros partido
 la pena que nos devora.
 No olvidáremos jamás
 tu amor y tus sacrificios...
 prémiate Dios tus servicios,
 tú premiados los veras
 sin saber cómo ni cuándo
 el que obra bien...

AUR. Por merced!
 señora, no observa usted
 que me está la pena ahogando!
 ¿Por qué tan cruel me trata?
 ¿abandonarles?... ¡qué horror!
 fuera entónces lo peor
 que pudiera ser... ¡ingrata!
 Yo disfruté su grandeza
 y sus bienes disfruté...
 pues bueno, compartiré
 á su lado la pobreza.
 Hacer esto no es virtud...
 ¡le suplico que me deje!...
 ¿soy jóven? ¡pues Dios protege
 á la honrada juventud!
 Yo coseré para fuera...
 si no encuentro... no hay cuidado,
 entónces...

ASUNC. ¡¿Qué?!

AUR. Á su lado
 me permitirán que muera.

ASUNC. ¡Qué dices Aurora!

AUR. ¡Sí!

ASUNC. ¡Oh Dios! ¡tu clemencia invoco?

AUR. Esto es pagar en bien poco
la accion que les merecí.
De la Inclusa me sacaron,
y á su lado me trajeron,
y en su casa me tuvieron,
y en su casa me criaron.
Nada supe en conclusion
de mis padres... ¡nada sé!
de aquella casa saqué
nada más que un medallon.
Aquí está, aunque no me cuadre,
él alivia mi dolor,
prenda de llanto y amor
que tal vez tocó mi madre.
En él se cifra mi encanto
y guarda mis embelesos,
yo le abraso con mis besos
con mis risas, con mi llanto.
Le pregunto y no contesta,
y en tanto que el alma gime,
¿quién fueron mis padres, dime?
y nunca me da respuesta,
pensando en tan dulce bien
de mi cuello va pendiente,
pero aunque lo ve la gente
nunca mis padres lo ven.
Tal vez lo ven desde el cielo;
en tanto aquí sus mercedes
me hacen mirar en ustedes
mis padres y mi consuelo.
En vano será que intente
despedirme, no me iré;
pues su criada seré
mientras que mi vida aliente...
ASUNC. El afan que me devora
témplas, á mis brazos ven!
(Levantándose y abrazándola.)

ESCENA III.

DICHOS, el MARQUÉS, sale por la derecha como para irse á la calle.

AUR. Señora!

MARQ. Madre, ¡muy bien!

ASUNC. Dale las gracias á Aurora.

En ella debes mirar
nuestra amiga más querida;
ella... estoy tan conmovida
que... adios, me voy á rezar.
(Váse por la derecha.)

ESCENA IV.

EL MARQUÉS, AURORA.

MARQ. Aurora, todo lo oí.

AUR. Señor Marqués...

MARQ. No prosigas;
aquí no hay ningun marqués
ni señor; tú nuestra amiga,
nuestra buena amiga eres:
en tí veo mi familia,
mis afecciones...

AUR. Señor...

MARQ. Aurora, tú simbolizas
cuanto hay de noble y honrado
en este mundo egoista.
Rasgos como el tuyo no
se ven más que en las bohardillas:
en los palacios hay oro
y colgaduras magníficas,
y terciopelos y sedas...
pero no se da cabida
al rumor de los que sufren...
tú en cambio, mísera niña...
¿quieres estrechar mi mano?
(Tendiéndosela.)
es un alma agradecida
quien te la ofrece; un hermano

AUR. (Estechando la mano del Marqués.)

Si algo mi accion significa,
¿qué mejor premio que este?

MARQ. Escucha, Aurora querida.
Sé siempre buena; en tu alma

tan noble pasion aviva,
y así todos te querrán
y así dormirás tranquila.

¡Cuán bella es la paz del alma
en torno al justo se agitan
batiendo sus blancas alas
los ángeles... hija mia,
no sé por qué hablar contigo
mi corazon necesita;
es que yo he sufrido mucho,
que tu accion me reconcilia
con el mundo; es que al mirar
que hay un alma compasiva
que sufre cuando yo sufro,
encuentro mejor la vida,
y el pecho con más placer
con nueva expansion respira.

AUR. (¿Qué es lo que pasa por mí
que me conmueve y cautiva?)

MARQ. Oye, Aurora: mis parientes
son títulos de Castilla;
ayer yo era tambien rico;
todos ellos á porfia
su atencion me prodigaban,
sus obsequios, sus visitas...
hoy que pesa sobre mí
una desgracia imprevista,
una extraña maldicion
cuya verdad me horripila,
aunque no les pido nada
y aquí en el pecho escondidas
guardo mi afliccion, mis penas,
mis disgustos, mis vigiliass,
no se atreven á subir
á esta habitacion mezquina;
¡y si vieras cuán pequeños
aparecen á mi vista;

en cambio tú...

AUR. Me avergüenzo.

MARQ. Eres grande.

AUR. Más no diga.

Si el ser pobre es un delito,
¿cuántos culpados habria?
Los pobres somos honrados;
¿habrá quién lo dude?

MARQ. Niña,

el mundo no piensa así...

Adios... (¿Qué iman me aproxima
y me sujeta á su lado?)

(Dándole la mano y saliendo con resolucion por el
foro.)

Aurora, Dios te bendiga!

ESCENA V.

AURORA.

Le desprecian porque es pobre...

el oírle me lastima:

¿sólo hay virtud en el oro?

pero qué? si el oro brilla

tambien brilla la honradez

que en la pobreza se anida,

y es su brillo más hermoso,

pues el del oro se entibia,

se oscurece con el uso,

y el nuestro se fortifica

brillando en la oscuridad

sin menester que del día

le alumbre el claro fulgor

que los aires ilumina...

Siendo tan bueno, tan noble,

¿por qué tal horror inspira

á esos parientes tan ricos

que ántes tras su huella iban?

¿Será verdad lo que ha dicho?

¿Será verdad que le olvidan

porque es pobre? ¡miserables!

y en esto el cariño cifran;

¡pobre cariño el que en cosa
tan desleznable se fija!
¿Pues no es el mismo que ántes?
¿no es igual su gallardía?
¿no es su corazon de oro?
¿su belleza no es la misma?
¿su belleza? ¡sí! ¿y por qué
me fijo en ella y aprisa
como nunca los latidos
del corazon me fatigan?
¿No ha sido siempre lo mismo?
por qué ora le veia
con afan y en sus palabras
una dulzura infinita
encontraba que en mi alma
extraño fuego prendian?
Tengo miedo ¡oh Dios! é ignoro
lo que mi temor motiva...
(Se sienta pensativa.)

ESCENA VI.

DICHA, FILOMENA, por el foro, muy elegante.

- FILOM. ¡Gracias á Dios que he llegado!
AUR. (Levantándose.)
¡Señora condesa!
FILOM. (Como sorprendida.) ¿Eh?
¿me conoces?
AUR. Sí, señora.
Y á mí vucencia tambien
me conoce; sé que es prima
de mi amo el señor Marqués,
en cuya casa le he visto
muchas veces...
FILOM. Podrá ser...
AUR. En otros tiempos, entónces...
FILOM. Nuestro parentesco es
muy lejano...
AUR. Ya lo creo,
como que á todo correr
no lo pillaría un galgo...

- FILOM. ¡Justo!
- AUR. Pero ántes... pues!
(El tratamiento no apeas;
deja! yo lo aparearé.)
¿No se sienta usted, señora?
- FILOM. ¿Olvidas que ese nó es
el tratamiento que tengo
por mi título?
- AUR. No á fe;
pero usted de tú me llama,
y lo más que puedo hacer
en su honor es no llamarla
del mismo modo con que...
Ademas á estas alturas
no alcanza tan pobre ley,
porque aquí no hay otros títulos
que franqueza y honradez.
- FILOM. ¡Yo á mis criados ordeno!...
- AUR. Á sus criados ¡muy bien!
pero yo, señora mía,
no soy criada de usted.
- FILOM. ¡Qué insolente!
- AUR. No señora,
soy justa; ¿podré saber
en qué puedo complacerla?
- FILOM. En que diga de una vez
á su amo que le espero...
que estoy aguardando... (Se sienta.)
- AUR. Bien,
en el momento en que venga
tendré el inmenso placer
de anunciarle...
- FILOM. ¿No está en casa?
- AUR. Ya lo he dicho.
- FILOM. Ya se ve;
¡si es un perdido ese chico!
¿Quién habia de creer
que tuviera esa cabeza,
y que en un santiamen
una casa, ántes tan fuerte,
se hundiera sólo por él?
Los vicios lo asolan todo,

- ¿qué habia de suceder?
el juego, el vino, las riñas,
esto producen, y á fe
que me alegro, pues trataban...
- AUR. (Sin poderse contener.)
¡Señora, cállese usted
y respete á la desgracia
en su horrible desnudez!
No insulte usted á una víctima
del vergonzoso desden
de su opulenta familia
que le deja perecer.
- FILOM. ¡Vaya un arranque oratorio!
quién te enseñó á hablar tan bien?
¿Se aprende entre las escobas...
- AUR. Sí, señora, ríase:
en todas partes se aprende
cuando se quiere aprender.
- FILOM. ¡Pues sabes mucho! por cierto
que jamás olvidaré
el buen rato que me has dado:
no era fácil suponer
que hallase aquí una doctora...
en fin, gracias.
- AUR. No hay de qué.
- FILOM. Prometes... ¿Querrás decirme
quién es tu maestro?
- AUR. ¿Quién?
- FILOM. ¿Le conozco?
- AUR. No lo creo.
- FILOM. ¿Pues cómo se llama, á ver?
- AUR. ¡La conciencia!
- FILOM. ¿Qué?
- AUR. Es en vano;
no la puede conocer.
Mi conciencia, sí, señora,
mi conciencia que es más fiel
que la que duerme entre encajes
ahogada entre esplendidez;
mi conciencia, donde nunca
hubo una gota de hiel,
y aunque vestida de andrajos

tiene un trono por sosten,
y sufre con los que sufren,
y detesta el interés,
y desprecia las ruindades
é ignora lo que es doblez.
Mi conciencia, esa me dice
lealmente, que si usted
y los suyos hoy desprecian
á mi señor el Marqués,
á quien ántes adoraban,
es porque pobre le ven,
porque ya no tiene coches
ni donde poner el pie,
y ¡es claro! por disculparse
á sus ojos, sin temer
añaden á sus desprecios
la calumnia, y de una vez
le hacen jugador, borracho:
¡si es un perdido! si es...
¡es un pobre! No le insulten,
nada pide, ¡déjenle!
Si algun día Dios quisiera
que se volviera á poner
el frac, la corbata blanca
y tuviera cien y cien
palacios, trenes lujosos,
¿qué habia de suceder?
¿quién más guapo? quién más bueno?
¿quién más talento que él?
Me parece que me explico;
¿qué tal, se divierte usted?
Esto dicen las conciencias
que no conquistó Luzbel.

FILOM. (Pequeña pausa.) Me convienes; eres lista
y me haces gracia: óyeme.
¿Quieres venirte conmigo
de doncella? te daré
buen salario, buena mesa
y trajes bonitos; ves
que abajo está mi carruaje
esperando.

AUR. ¿Para qué?

Dejar no puedo á mis amos
en situacion tan cruel.

FILOM. Mucho los quieres...

AUR. Sí, mucho.

FILOM. ¿Conque tanto? y el Marqués
te corresponde lo mismo?
eres muy bonita ¡ejem!

AUR. (¡Oh, Dios!)

FILOM. Te turbas... muchacha,
me parece comprender...

AUR. Ahora me divierto yo...
ahí sube, pregúntele,
que él podrá á tan ruin sospecha
mejor que yo responder.

ESCENA VII.

EL MARQUÉS, por el fondo, FILOMENA. AURORA se va tan
luégo como entra en escena el Marqués.

MARQ. (¡¿Mi prima aquí?! ¡Santos cielos!
¿qué me querrá?)

FILOM. ¡Hola, chico!

MARQ. Hola, Filomena!

FILOM. Vaya,
que me has dado buen solito.

MARQ. Lo siento.

FILOM. No, no lo sientas.

MARQ. Corriente.

FILOM. Nada hay perdido.

He estado hablando con esa
especie de logogrifo
que tienes en casa; ¡vaya!
la muchacha es un prodigio.

MARQ. Es un corazon de oro.
¿Podré saber el motivo
que ha hecho honrar con tu presencia
nuestra bohardilla?

FILOM. Ahora mismo.
Mamá me ha dado esta carta
para ti: (Se la da.) de muy crecido
interés debe de ser

cuando al dármele me dijo
que á nadie la confiaría
más que á mí, que con sigilo
te la entregue, y á tal punto
ha llevado su capricho,
que ordenó á la vieja Mónica
que sin moverse de un sitio
me aguardara en el carruaje
y allí estará.

MARQ. (Distraído.) Sí, la he visto.

FILOM. Hasta aquí he subido sola,
te he esperado y más no digo;
ya tienes la carta, conque
mi encargo en regla he cumplido.

MARQ. (Arrugando la carta entre sus manos.)
(¡Oh, Dios, me destroza el alma
este espantoso martirio!
¿qué me pide aquí? ¡imposibles!
¿he de acceder? ¡desatino!
pero si no... ¡me estremezco!
es horroroso el castigo!)

FILOM. ¿Qué le digo?

MARQ.

Filomena...

dile... que yo pierdo el juicio,
que tenga piedad de mí;
dile también que si vivo
es sólo por un milagro
de Dios, que no ha permitido
que esta mísera existencia
despeñe por un abismo.
Y díselo tú con esa
voz de mágico atractivo
que para las madres tiene
el acento de sus hijos:
añádele que yo soy
el sólo amparo, el abrigo
que tiene esa pobre vieja,
que es mi madre y ¡que bendigo!
Si es cierto que jóven eres,
si hay en tu alma un vestigio
de caridad, si recuerdas
que á la par hemos crecido

y los rezos no olvidaste
que aprendimos desde niños,
tú se lo dirás, oh, sí!
se lo dirás y confío
que alcanzarás que tu madre
no nos prive de este mísero
rincon donde con modestia
mas con dignidad vivimos.
Para eso no te recuerdo
que aunque pobre, soy tu primo,
ni que en días más risueños,
más felices, se convino
en nuestra union, no, me callo,
¿qué hacerle, si Dios lo quiso?!
Mira en mí sólo un extraño
que te dice estremecido:
—Señorita, usted es rica,
usted vive en el bullicio
del mundo donde festejan
su talento, sus hechizos,
usted respira esa atmósfera
perfumada que infinitos
encantos tiene, va á bailes
envuelta en gasas y ricos
adornos, que su belleza
aumentan, tiene magníficos
coches, criados y fincas,
y es jóven, ¿dónde habrá triunfo
que no consiga? yo en cambio
soy un pobre y poco pido;
que su madre no me arroje
de este rincon donde vivo
con mi anciana madre, y donde
con la escasez me resigno,
pero ¡oh Dios! que no me obligue
á verla morir de frio
recostada, tiritando
sobre el encharcado piso,
porque fuerzas no tendré
para sufrir tal suplicio.

FILOM. Acostumbro á no mezclarme
en tales cosas, te he oido

porque no digas que soy
orgullosa.

MARQ. Te suplico
que me des una esperanza,
¡siquiera eso!

EILOM. Adios, chico.

MARQ. (Deteniéndola.)

Vete con él, mas no olvides,
aunque vivamos cien siglos,
que si me viste rogando,
que si demandé tu auxilio,
fué por mi madre, que yo
para nada necesito
más amparo que el de Dios,
¡ténlo presente! (Volviéndole la espalda.)

FILOM. (Filomena yéndose por el foro.) ¡Qué altivo!

ESCENA VIII.

El MARQUÉS con la carta en la mano, poco despues AURORA
al foro sin que la vea el MARQUÉS.

Pasion infame, maldita,
que en el afan que te abrasa
vienes á echar de su casa
á la pobre que la habita.
Si tu conciencia no grita
y no ves mi padecer
locura inmensa es querer
que acceda á tu pretension,
pues tan inícua pasion
es hija de Lucifer.

(Arrollando de nuevo la carta y tirándola al suelo.)

¿Dónde volveré mis ojos,
que encuentre dichas serenas?
¡aún hay para mí más penas!
¡aún me aguardan más abrojos!
Pero si sólo hay enojos
y miseria y luto y duelo,
¿por qué la muerte su hielo
en mi corazon no sella?
¡mi madre!... ¡¡gracias á ella,

aún hay para mí consuelo!!

(Entra en la habitación de la izquierda.)

ESCENA IX.

AURORA.

¿Qué extrañas palabras
con lúgubre acento
pronunciar le he oído?
¡Dios mio! ¿Qué es esto?
¡Su prima es la causa!
y despues colérico;
arrojó una carta
arrugada al suelo.
Ahí está... es aquella!...
¿qué haré?... ¡no me atrevo!...
¿la leeré? no sé
si estará mal hecho...
su prima la trajo, (Cogiéndola.)
resistir no puedo;
pues si ella es la autora
verterá veneno.
Descubramos pronto...
¿qué dice? no veo...
(Leyendo.) «Si no correspondes
»al amor frenético
»que sabes, Gonzalo,
»te dedico há tiempo
»si prefieres ser
»en vez de opulento
»un pobre diablo
»que está pereciendo;
»si mi mano escupes
»y del casamiento
»que te ofrece el fausto
»huyes con desprecio,
»no olvides, Gonzalo,
»que te tengo preso,
»que estás en mi casa,
«que en vengarme pienso,

»y de ella saldrás
»como un pordiosero,
»pues pagar no puedes
»tu asilo modesto.
»En tu madre piensa,
»pues si no te ofrezco
»que mañana mismo...»

ESCENA X.

El MARQUÉS, saliendo de pronto, AURORA.

MARQ. Esa carta!...
AUR. ¡Cielos!
MARQ. Dámela!...
AUR. Señor...
MARQ. Dámela al momento!...
AUR. ¡Por Dios!
MARQ. ¡No la leas!
AUR. Soltarla no puedo...
MARQ. Aurora, ¿qué dices?
AUR. Terminarla quiero...
MARQ. ¡¿Leiste?!
AUR. ¡Perdon!
perdon se lo ruego,
resistir no pude...
MARQ. ¡¿Aurora: qué has hecho?!
AUR. No lo sé: aquí dice...
MARQ. ¡Detente!
AUR. ¡Yo muero!
MARQ. Dámela ¡no sigas!
AUR. ¡Qué infame es su pecho!
Señor!...
MARQ. ¡Te perdono!
pero trae...
AUR. Deseo...
¿si ya la he leído
qué importa?...
MARQ. ¡Lo ordeno!
AUR. ¡Por Dios! yo vacilo...
MARQ. ¡Aurora!

ESCENA XI.

DICHOS, DOÑA ASUNCION, por la izquierda.

- ASUNC. ¡Qué es esto!
- AUR. (Entregándole la carta.)
Esta carta. ¡Lea usted!
- ASUNC. ¡¿Esta carta?!!
- MARQ. Madre!... Aurora!...
- ASUNC. La impaciencia me devora...
(Leyendo la carta.)
- MARQ. ¡Oh! ¡¿qué has hecho?! por merced!
- AUR. ¿Qué es lo que has hecho? fácil cosa,
enseñarle sin ficcion
el villano corazon
de una mujer poderosa.
Enseñarle los agravios
que á su nombre y su decoro
pretende inferir el oro
con la sonrisa en los labios.
Enseñarle quien le vende,
pues en la carta se explica
que esa parienta tan rica
algo del pobre pretende.
¿Qué pretende esa señora?
cariño, ¡pues no es trabajo!
¡y de qué modo tan bajo
lo pide!...
- MARQ. ¡Cállate, Aurora!
- ASUNC. Aunque maldades hay hartas
en esta nunca creí...
(Dando la carta al Marqués.)
¿qué contestarás?
- MARQ. (Haciendo pedazos la carta.)
Así
se contestan estas cartas!
- AUR. ¡Oh! (Con alegría.)
- ASUNC. Hijo mio ¡valor!
gozo lo que no es decible;
la miseria es preferible
mil veces al deshonor.
Mañana vendrán á echarnos

de casa, pues no podremos
pagar... mas conseguiremos
que no puedan deshonrarnos.
Y aunque el dolor te taladre
tu pena mitigará
saber que contigo va
la bendición de tu madre.

(Aurora está al fondo: el Marqués y Doña Asuncion
en el proscenio.)

LA RQ. Encanto de mis amores,
sueño que conservo ileso
lo mismo que el primer beso
que en tu regazo de flores
dejaste en mi frente impreso.
Hoy enferma, anciana y triste,
todo el dolor lo reviste,
me llegastes á criar
y yo no te puedo dar
la vida que tú me diste!
Tú, que con inmenso amor
y agena siempre al dolor
dabas al tierno capullo
con tus canciones arrullo
y con tus besos calor.
Tú que las dichas más puras
en mí veias seguras
olvidando los enojos,
¿te he de ver yo con mis ojos
sufrir tantas amarguras?
Pues bien, llegará mañana,
no temo su sombra vana,
que el honor muy-alto grita,
y de esta casa maldita
saldré con mi madre anciana.
Lucharé hasta perecer,
rendido no me han de ver
pues mi alma una vez escucha
que el que por su madre lucha
al fin tiene que vencer.
No te arredres, madre mia,
ni pienses que la agonía
nos ciñe sus fuertes lazos,

pues te dormiré en mis brazos
cual yo en los tuyos dormía.

ASUNC. (Muy conmovida abrazando á su hijo.)
¡Hijo mio!

MARQ. ¡Santo amor
que cura todo dolor!
fuente de mis embelesos,
yo te volveré los besos
con que me dabas calor.
Y yo por tí impetraré
á la caridad... ¡sí á fe!
(Arrodillándose ante su madre.)
¡en tu bendicion confio!

ASUNC. (Poniendo las manos en la cabeza de su hijo y
abrazándole despues.)

¡Dios te bendiga, hijo mio!

AUR. (Arrancándose el medallon que lleva al cuello y
levantándolo en alto.)

¡Juro que los salvaré!

(Sale corriendo de escena.—Telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS, quitándose el sombrero y tirándolo con abatimiento en una silla.

¡Nada!... ¡nada! ¡en vano ha sido!
¡aquí vuelvo como siempre!
inútil es todo esfuerzo
cuando no ayuda la suerte.
¡Ultima prueba que ya
á mi corazon creyente
le quedaba! ¡tristes sueños
que sólo inspira la fiebre!
¡esperanzas que se rompen!
¡ilusiones que se pierden!
¡Grande ha sido el sacrificio!
tomármelo en cuenta debe
el Señor cuando me llame
á su tribunal solemne!
Tranquila está mi conciencia,
que he hecho todo cuanto puede
por su madre hacer un hijo...
¿quedará algo? si supiese
que dando mi triste vida...

¡oh, sí! ¡la diera mil veces!...
mas si mi vida es la suya
el mismo golpe nos hiere.
Nadie ha atendido mis quejas;
risueños... indiferentes
han pasado por mi lado
sin escucharme, sin verme,
despreciándome tal vez
con su mirada insolente!...
¡Dios mio!... Pues bien, ¡silencio!
corazon que te estremeces
al pensar en los dolores,
en los sollozos de muerte
que exhala en estos momentos
el solo ser que te quiere
y que aguarda más desdichas;
¡cállate! no te apoderes
de mí; deja que respire,
no me ahogues; ten presente
que hay que luchar con más bríos;
¡que Dios hace lo que quiere!
¡que es muy grande! y no podrá
ver que por las calles muere
una anciana que en el mundo
á nadie más que á mí tiene!...
(Cae en una silla.)

ESCENA II.

EL MARQUÉS, DOÑA ENCARNACION, por el fondo.

- ENC. (Él es!) (Levantándose el velo.)
¡Gonzalo!
- MARQ. Señora...
¿aquí usted?
- ENC. ¡Mal que me pese!
aunque llegar hasta aquí
me rebaje y me avergüence.
- MARQ. Nadie á que venga le obliga.
- ENC. ¿Nadie?... mas seamos breves.
¿Leiste mi carta?

(Reparando en los pedazos que hay por el suelo y cogiendo uno de ellos.)

¡Oh, sí!

ahí la veo!

MARQ. (¡Dios clemente!)

ENC. ¿Esta respuesta me das?
No olvides, por lo que fuere,
que al venir á recogerla
me has visto bajar la frente.
Y... ¿callas? comprenderás
que tu silencio me ofende
y que tolerar no puedo
que á ese grado me desprecies.

MARQ. Señora, lo que comprendo
es que yo soy un juguete
de sus caprichos...

ENC. Gonzalo,
no sigas así, detente,
¡óyeme!

MARQ. Voy comprendiendo
que conmigo se divierte
y en aumentar mis angustias
sin compasion se entretiene.

ENC. ¡Yo tus angustias, Dios mio?!

MARQ. Mis angustias, que no vencen
este corazon de hierro
que por nada desfallece!
Soy pobre y por esto sólo
se lanza usted á proponerme
lo que á nadie siendo honrado
sin lastimarle se ofrece.

ENC. No, Gonzalo, tú te ofuscas;
¿qué valen los intereses
ante el paso que hoy he dado
sin que pudiera vencerme?
¿No vale á tus ojos nada
el que yo, noble, pudiente,
que veo á mi alrededor
un enjambre de donceles
aspirando á una mirada
que les dé esperanza leve,
rompa por medio de todos,

venga á buscarte á tu albergue,
y con mi mano te ofrezca
no mis palacios y trenes,
no mi nombre, que es el tuyo...

MABQ. Le suplico no se esfuerce...

ENC. ¿Qué dices?

MARQ. Nada, señora...

ENC. ¿Qué contestas?

MARQ. Lo de siempre.

ENC. ¿Me desprecias?... ¡miserable!
¡con Dios queda!...

MARQ. (Deteniéndola.) No se altere.

Ni yo soy un miserable,
ni la desprecio... no intente
imposibles, ni en quien no
tiene la culpa se vengue.

Escúcheme usted un rato;
si es verdad que me enaltece
con su afecto observará
que la razon me protege.

¿Quién soy yo? hoja perdida
que los vientos de la suerte
arrancaron de la rama
donde se mecia alegre.

El mundo en mí no repara;
nadie sabe si padece
mi corazon ó si ya
le heló el soplo de la muerte.

De aquella turba de amigos
que apiñados, complacientes
mi afecto se disputaban,

¿qué se hizo? de repente
todos han desaparecido;

ya no hay uno que se acuerde
de Gonzalo, que está pobre,
de Gonzalo, que comprende
la razon de su silencio
y lo disculpa y lo siente.

Soy pobre; ¿por qué? lo ignoro;
he cometido el aleve
delito de haber perdido
una fortuna excelente.

¿Qué culpa tengo que el fuego
mis haciendas consumiese?
¿qué, si al fin quebró la casa
que conservaba mis bienes?
para mí no hay compasion,
¡sea! pues que Dios lo quiere.
En cambio usted es millonaria
y viuda, ¿qué apetece?
¿el amor de un pobre diablo?...
le suplico que me deje,
que no haga caso de mí:
¡si usted de seguro puede
encontrar quien valga más
y nombre y fortuna lleve!
¿No es verdad que razon tengo?
¿qué dirian mis parientes,
qué mis amigos, que ya
en el sepulcro me creen,
si ahora del brazo de usted
ante el mundo apareciese
y gozando sus millones
y su grandeza me viesen?
Todos me señalarian
con el dedo, que escarnece,
y se reirian de mí
y de usted... ¡oh! ¡no lo piense!

ENC. Gonzalo, disculpas son
las que tu lengua profiere.

MARQ. Sólo es la fiel expresion
de lo que mi pecho siente.

ENC. Engañarme no podrás:
esa terquedad perenne,
esa altiva oposicion,
me están diciendo que tienes
una pasion escondida
y que ocultar te conviene.

MARQ. ¿Pasion yo? ¿y dónde?

ENC. ¡Aquí mismo!

Mi hija, que saberlo debe,
me lo ha dicho; con Aurora
habló...

MARQ. ¡Silencio!

- ENC. É inocente
le descubrió la pasión
mezquina que te envilece!
- MARQ. Para usted nada hay sagrado.
¿Señora, cómo se atreve
á insultar á un ángel puro?...
- ENC. Sí, cuanto quieras defiéndele.
¿Es decir que me pospones
á una criada? presente
ténlo, porque mi venganza
será tal cual la mereces.
- MARQ. Basta ya, porque la sangre
siento en mis venas candente
y brota del corazón
y mis mejillas enciende.
Condesa, que atropellando
por los mundanos deberes
con el insulto en los labios
á pisotearme viene;
que mancilla el honor puro
de una virgen inocente,
que es el sólo patrimonio
que Dios al pobre concede,
no temo sus amenazas,
mi corazón no se vende,
que es muy grande y en el mundo
no hay oro que más que él pese.
- ENC. Dentro de pocos momentos,
muy pocos serán, muy leves,
sentirás haberme dicho
palabras tan insolentes.
(Váse por el foro.)

ESCENA III.

El MARQUÉS, luego DOÑA ASUNCION, por la izquierda.

- MARQ. No me abandonen, Dios mío,
en esta espantosa lucha,
déjame triunfar; ¡muy grande
es quien de sus penas triunfa!
- ASUNC. ¡Gonzalo!

MARQ. (Abrazándola.) ¡Madre del alma!

ASUNC. ¿Estás solo? ¿qué me anuncia
tu mirada? en ella veo
que nuevas penas te abruman.

MARQ. No es nada!

ASUNC. Escuchar creí
el rumor de una disputa...
¿hablabas con alguien?

MARQ. No.

Á solas con mi tristeza
habré esforzado la voz
y tú creerías sin duda...

ASUNC. Eso será; pero dime,
hijo, no descansas nunca,
vas á enfermar.

MARQ. Ojalá.

ASUNC. ¡Gonzalo!

MARQ. Perdon, si adusta
te hirió mi voz, madre mía,
mas tú eres la bondad suma
y comprenderás que ignoro
lo que mis labios pronuncian;
¿pero enfermar? ten presente,
si tal idea en tí pugna,
que Dios envia las fuerzas
á razon de las angustias.

ASUNC. Será verdad, lo comprendo,
Gonzalo, pero tú abusas.
¿Dónde has pasado la noche,
por qué no has venido?

MARQ. En busca
como siempre de consuelo,
y como siempre, en mi ayuda
nadie ha llegado; en mi oido
esa amenaza retumba
y hoy se cumplirá...

ASUNC. Gonzalo,
no es posible, tú la injurias.
¿Qué mérito habrá en vengarse
en dos pobres criaturas
que de sus locos caprichos
no tienen la menor culpa?

MARQ. No la conoces aún bien;
gozará en darnos tortura,
porque ofensas de esta clase
no se han perdonado nunca.
Yo diera mi sangre toda
por poder con voz robusta
decirla:—«cóbrense usted
los meses por que pregunta.»—
Pero ¡imposible! es en vano,
la impotencia me subyuga,
y saldremos de esta casa
oyendo cual nos insulta
con su sarcástica risa
inspirada por las furias.

ASUNC. No pienses en eso mas.
Dí, Gonzalo, ¿á parte alguna
enviaste á Aurora?

MARQ. Yo no.

ASUNC. Entónces, si la calumnia
mi corazon, Dios lo sabe
que será mi pena mucha.

MARQ. ¿Qué es eso? ¿por qué lo dices?
¿adónde está Aurara?

ASUNC. Escucha.

He sentido de la noche
entre las sombras profundas
sordo murmullo en su cuarto
cual del que reza ó murmura.
Despues, cuando la mañana
reemplazó á las sombras turbias,
salió á la calle sin verme,
sin venir como acostumbra
á prestarme los auxilios
propios de mi edad caduca...
y yo sola me vestí,
fui á su cuarto y desnuda
encontré la habitacion.

MARQ. ¡¿Cómo, madre?!

ASUNC. Estoy segura.

Ni su cama, ni su cofre,
nada habia, triste, muda,
quedé bañando las lágrimas

mis siempre pupilas húmedas:
—¡nos abandona! pensé...—
—¡que Dios te dé más ventura
que á nosotros!—eso es todo,
y por cierto estoy confusa.

MARQ. (¡Otra vez del desengaño
siento la acerada punta!)
Pero no, ¡si es imposible!
Aurora!... buena la juzga
mi corazón, ha sufrido
con nosotros, me repugna
pensar... ¡Yo me vuelvo loco!
sufrir tantas penas juntas
no puede mi corazón,
que á la esperanza renuncia...
¿que iba á decir? la esperanza
es mi consuelo: la única
fuerza que el alma sostiene
y alivia las desventuras.

ASUNC. Hijo, sí, digo lo mismo,
mas ¿qué hacerle? esa es la ruta
que Dios trazó á los vivientes,
y que por nada se muda.
No seamos egoistas:
¿qué hacia en esta clausura
una chica de sus años?
ave tierna que las plumas
tendió ansiosa sobre el aire
volando á region más pura.
Dios la guie en su camino...

MARQ. ¡Así sea! mas se agrupan
en tus ojos nuevas lágrimas.

ASUNC. Cuando te ibas, mi única
compañía; era esa niña...

MARQ. Pues si ese pesar te punza,
no te arredres, madre amada,
¡piensa en mí! que no me asustan
los azares de la vida,
ni los dolores me turban.
En mí, que te adoro tanto,
que no veo á mi ternura,
ni límites, ni horizonte,

ni tiempo que la consuma.
Solos ya la débil caña
y la potente columna,
cuando rueden por el suelo,
Dios hará que rueden juntas!
(Abraza á su madre.)

ESCENA IV.

DICHOS, abrazados, se vuelven al oír á D. BLAS, que entra por el foro.

BLAS. Señores...
MARQ. ¿Quién? adelante.
BLAS. Me envía la...
MARQ. Bien, ya sé.
(Á su madre.) déjanos por un momento.
ASUNC. Usted viene...
BLAS. Vengo á ver...
MARQ. Viene á verme... (Á D. Blas.) (No prosiga,
¿es la condesa la que?...)
BLAS. Sí, señor.
MARQ. (Pues hablaremos.)
(Á su madre.) Un amigo mio...
ASUNC. Bien,
les deajo...
BLAS. Pues yo queria...
MARQ. (Ap.) (¡Es usted muy bestia!)
BLAS. ¿Eh?
ASUNC. ¿Qué dice?
MARQ. No dice nada...
¡que me quiere mucho!
ASUNC. Pues
se me habia figurado...
BLAS. (¡Cuánto cumplido!)
ASUNC. Pensé...
MARQ. Pues te engañaste...
BLAS. Decia...
MARQ. (Ap.) (¡Silencio por Lucifer!)
Déjanos, madre.
ASUNC. ¡Hijo mio,
con Dios queda!
MARQ. Vé con Él.

ESCENA V.

EL MARQUÉS, D. BLAS.

MARQ. Ya estamos solos, ahora,
cumpla usted con su deber
y dígame cuanto quiera,
que todo lo escucharé.

BLAS. La condesa, mi señora,
me encargó le haga saber
que si no me da ahora mismo
las mensualidades que
tiene atrasadas del cuarto,
sin detenerme, ante el juez
haga entrega de este escrito (Lo saca.)
de deshaucio.

MARQ. Lo pensé:
no me sorprende á fe mia
tal resolucion, ¡qué hacer!
está en su derecho, ¡es justo!...
(¡Qué humillacion tan cruel!)
Diga usted á la condesa
que hoy con mi madre saldré
de esta casa, y de ese modo
la privaré del placer
de que vengan á arrojarme
como á un pordiosero.

BLAS. Pues!

MARQ. Que lo que quedo debiendo
juro se lo pagaré,
aunque al infierno á buscarlo
tuviera que descender.

BLAS. Yo no doy á la condesa
ese recado.

MARQ. ¡Pardiez!

BLAS. Usted la insulta!...

MARQ. Buen hombre,
sin suprimir ni poner
reproduzca cuanto he dicho
ahora mismo y hará bien.

BLAS. Tambien me encargó pensara

que era la última vez
que le hablaba del asunto,
y que ansiaba conocer
si había usted cambiado...

MARQ. Lo que ántes le contesté
lo sostengo, pues aún vivo;
y para ello menester
sería que me muriese,
y que al volver á nacer
naciera siendo un villano,
y eso nunca lo seré.

BLAS. ¡Usted falta á mi señora!
¿Cómo se llega á atrever
á expresarse en tales términos
de la condesa, que es
un modelo de virtudes,
un dechado de honradez,
un tesoro de bondades,
una paloma sin hiel...

MARQ. Suprima usted los detalles,
que la conozco muy bien.

BLAS. Pues entónces no comprendo
cómo, con desfachatez,
la insulta usted, olvidando
que la debe...

MARQ. Cállese,
porque tengo el genio vivo...

BLAS. No señor, no callaré;
que á mí no me asusta nadie...

MARQ. ¡Por vida!...

BLAS. Tendrá que ver
que un pobrete hable tan alto,
y que á un hombre de mí... ¡pues!
en vez de tan necio orgullo
debiera pensar, á fe,
que no tiene nada, ¿lo oye?
tanto que, por no tener,
ni ofrecer puede á su madre...

MARQ. ¡Sándio! la lengua deten!
y cuando hables de mi madre
el sombrero quítate.

(Arrojándose al suelo.)

BLAS. ¿Qué hace usted?

MARQ. ¡Voto al infierno!

lacayo de mala ley,
que hoy ensalzas á tu ama
porque es muy rica y porque
recompensa tus bajezas,
y mañana un puntapié
la darías si la vieras
como hoy tus ojos me ven;
viborezno que en mi pecho
has conseguido morder,
te voy á arrancar el alma.

BLAS. (Cogiendo rápidamente el sombrero y colocándose
cerca de la puerta del fondo.)
No por Dios! deténgase!...
más le valiera pagarme
los meses...

ESCENA VI.

DICHOS, AURORA, muy agitada, echando un pañuelo con d;
nero en el sombrero que tiene en la mano D. Blas.

AUR. ¡Cóbrese usted
los meses por que pregunta!

MARQ. (Dios me oyó! ¡bendito Él!)
Aurora!... ¡ángel del cielo!...
¡ay, sí! tú me salvas; ven!
(Llevándola al proscenio.)

BLAS. (Contando el dinero.)
Veinte... treinta; están completos;
esto sobra; le daré
el recibo; está corriente;
(Saca un lápiz de la cartera y firma.)
lo firmo en un santiamen...
Caballero!... no me atiende...
todo aquí lo dejaré
no quiera darme otro tiento
esta imagen de Luzbel.
(Váse dejando encima de la silla el pañuelo con el
dinero que ha sobrado y el recibo.)

ESCENA VII.

AURORA, el MARQUÉS.

MARQ. ¡Aurora! no puedo hablar...
tú nos salvas de una afrenta...
que Dios te lo tome en cuenta
y que él te llegue á premiar.
Todo lo que en mí se encierra
es tuyo por lo que has hecho;
¡deja que lllore mi pecho!
¡¡aún hay virtud en la tierra!!
Mi sangre y mi vida, sí!
y la luz que Dios me ha dado...
si hoy á mi madre has salvado
¡¡qué es lo que no haré por tí!!

AUR. No vale nada mi accion
ni de ella se debe hablar.
¿De qué se puede admirar
quien tiene tal corazon?
Y al mirarle tan buen hijo,
yo que á mis padres no ví,
no sé, señor, qué sentí,
que aún en mi alma está fijo!
Pero basta, pues quisiera
decirle...

MARQ. ¿Qué?

AUR. Me sorprende
una cosa que no entiende
mi razon...

MARQ. Dí qué te altera.

AUR. Hasta ahora no se lo he dicho,
por más que há tiempo lo ví,
porque, en verdad, lo creí
casualidad ó capricho.
Siempre que salgo á la calle
observo, de espanto muerta,
dos hombres ante la puerta,
de mala cara y mal talle.
Sin que falten á su plan,
sea cualquiera la hora,

si sale á la calle Aurora,
allí los hombres están.
Y ayer, lo mismo que hoy,
con intencion que no entiendo,
detrás de mí van siguiendo
á donde quiera que voy.
Nunca me hablaron, y á fe
no hay nada que más me asombre.

MARQ. Pues te juro, por mi nombre,
que yo los espantaré.
Que te preocupes no quiero
con lo que tal hecho esconde...
pero dime, Aurora, ¿en dónde
encontraste ese dinero?

AUR. Vendiendo cuánto tenia;
pero ¿á qué hablar?

MARQ. ¡Grande accion!
¿Has vendido el medallon?!

AUR. Y para qué lo quería?

MARQ. Él encerraba el recuerdo
de la madre á quien no viste...
¿quién á tal hecho resiste?
¡Oh, Dios mio! el juicio pierdo!
Quiero á mi madre hacer ver,
aunque tu alma conoce,
para que conmigo goce
lo que ahora acabas de hacer.

AUR. ¡No!

MARQ. Á cuanto el mundo encierra
diré con honda emocion,
que cual ese corazon
no hay otro en toda la tierra. (Váse.)

ESCENA VIII.

AURORA.

Ya no sabré quiénes son
mis padres, mas no lo siento,
si aquí he traído el contento
y está alegre el corazon.
Con cariñosa atencion

estos mi niñez cuidaron,
aquellos me abandonaron...
pues entónces Dios lo ve,
justo es que salve á los que
de la afrenta me libraron.
¡Con qué reposo mi alma
en este instante palpita!
¡qué blandamente la agita
del bien la buscada calma!
¿Qué mayor triunfo, qué palma
hay que la que llega á dar
el premio del bien obrar?
¡Oh! sí! pues sin que se asombre
se ve como llora un hombre
cual yo le he visto llorar.
Ya esa señora condesa,
que de tal no tiene traza,
no cumplirá la amenaza
que aún tiene mi alma opresa.
Dios es bueno y se interesa
por el hijo que esforzado
para aliviar el estado
de su madre, vive fijo;
y el que siempre fué buen hijo
no puede ser desgraciado.

ESCENA IX.

AURORA, el DUQUE DEL SOLAR, por el fondo.

- DUQUE. (Inquieto y receloso con el medallon en la mano.)
¿Será aquella?... ¡No!... la calma
me falta... ¡Dios poderoso!
¡qué huracán tan espantoso
está rugiendo en mi alma!
¿Cómo he llegado aquí en pos
sin que mis recuerdos borre?
- AUR. ¡Al que es bueno Dios socorre
y esta es la mano de Dios!
- DUQUE. ¿Qué murmura?... ¡Jóven!
- AUR. (Molviéndose.) ¡Ah!
- DUQUE. ¡Qué hermosa!
- AUR. (¡Qué turbacion!)

DUQUE. (Sacando el medallon que Aurora tuvo en las primeras escenas.)

¿Es de usted ese medallon?

AUR. (Mirándolo con cariño.)

¡Dios mio! ¡no! ¡no lo es ya!

DUQUE. ¡No lo es ya! luégo habrá sido?...

AUR. (¿Será falso? ¿qué interés?...))

No señor, ¡ya no lo es!
hace poco lo he vendido.

DUQUE. ¡¡Oh!! (Queriendo abrazarla.)

(Conteniéndose.) ¿Mas podrá tu memoria decirme cuál lo adquirió...

AUR. No tengo reparo, no,
que es muy sencilla la historia.
Siempre en mi cuello pendiente
lo miré con alegría,
que ese sólo bien tenia
la pobre niña indigente.

DUQUE. (Conteniéndose.)

¿Tú??

AUR. Lo diré sin rubor
aunque el decirlo me aflija...

DUQUE. ¿¡Qué es esto, Dios mio!?

AUR. Hija
soy de la Inclusa, señor!

DUQUE. ¡Ella!

AUR. Esa alhaja saqué.

DUQUE. ¿Cómo esta emociion resisto?

AUR. Nunca á mis padres he visto
ni quiénes han sido sé...

DUQUE. Va á reventar mi razon;
el verme así no te asombre!
(Haciendo un esfuerzo con su memoria.)
¡Aurora!

AUR. Sí, ese es mi nombre!

DUQUE. ¡Hija de mi corazon!
(Abrazándola tiernamente.)

AUR. ¡Padre mio! al fin mis labios
al alma tal nombre anuncian,
pero ¡ay de mí! lo pronuncian
haciendo á mi madre agravios.

DUQUE. ¿Tu madre?... ¡no! fué mi esposa;

la frente puedes alzar!
¡murió! á qué recordar
historia tan lastimosa?
Pero ven, que el tiempo pasa
y me mata la alegría,
ánten cuéntame, hija mia,
¿cómo estás en esta casa?

AUR. Soy la criada, qué digo?
hija dijera mejor...

DUQUE. ¿Qué es lo que os hecho, Señor,
para darme este castigo?
¿¡Tú criada de esta gente
que mi alma llenó de duelo?
¡Oh Dios! la furia del cielo
hoy viene á azotar mi frente.

AUR. ¿Qué dice usted?

DUQUE.

Me estremezco:

¿qué es lo que pasa por mí?
vámonos pronto de aquí,
que yo otra vida te ofrezco.
Deja por siempre estas sombras,
eres rica, tendrás galas
y cruzarás régias salas
cubiertas de oro y alfombras.
¿Que esté mi hija sirviendo
á quien tanto me ha ofendido?
dime, Aurora que has mentido,
dímelo, que estoy muriendo!

AUR.

Digo, señor, la verdad
y en repetirla me ufano,
ellos con pródiga mano
atendieron mi horfandad.
En quererme se complacen,
y pagándome con creces
conmigo han hecho las veces
que sólo los padres hacen.
Después el hado enemigo
en su suerte se mezcló
y su suerte no alivió
ni un pariente ni un amigo.

DUQUE.

(Con alegría.)

¡Oh! ¡sí!

AUR. Quedé yo á su lado.

DUQUE. De admiracion mi alma llenas!

AUR. Y yo sus acerbas penas
en cuanto pude he endulzado!

Viéndoles llena de afan,
sin pan y sin alegría,

lo poco que poseia

lo vendí por darles pan.

Á mi infancia placentera

sus desvelos dedicaron

y con amor me educaron

como si hija suya fuera.

Siempre vi con dulce calma

olvidando mis agravios,

tierna sonrisa en sus labios,

hondo cariño en su alma!

El pobre ser que acogieron,

ignorantes de quien era,

jamás pagarles pudiera

lo que en su favor hicieron.

DUQUE. ¡Yo su ruina juré!

AUR. ¡Yo amante les he servido!

DUQUE. ¡Yo su perdicion he sido!

AUB. ¡Y yo, señor, les salvé!

DUQUE. ¡Basta! hora es ya que recobres
tu título y tu esplendor;

¡ven, Aurora!

AUR. No señor,
yo no abandono á los pobres.

DUQUE. ¡¿Qué es lo que dices?!

AUR. ¡Perdon!

DUQUE. ¡Por Dios que te obligaré...

AUR. No los abandonaré
porque estos mis padres son.

DUQUE. ¡Yo solo soy!

AUR. No he querido
causarle el menor tormento:
mas lo es desde hace un momento
y estos hasta hoy lo han sido.

ESCENA X.

DICHOS, el MARQUÉS, queda parado sin ser visto en la puerta de la derecha.

DUQUE. Tu padre te manda...

MARQ. (¡¿Quién?!) .

AUR. No olvide usted siendo tal
que si le han hecho algun mal
me han hecho á mí mucho bien.
Y sepa porque corrija
el odio que le taladre,
que el mal producido al padre
se trocó en bien en la hija.

MARQ. (¡¿Qué dice?!) .

DUQUE. Olvidar yo?!

AUR. Olvidar, sí, padre mio,
en su buen alma confio.
¡Olvidar! y por qué no?

DUQUE. ¡¿Olvidar yo mis agravios?!
¡vente!

AUR. ¡No podré seguirle!
quiero un secreto decirle
que se escapa de mis labios.
Dichosa en tranquila calma
hasta aquí siempre he vivido...
pero ¡ay padre! ya he perdido
por siempre la paz del alma.
He soñado, y yo no sé
quién tal sueño me ha inspirado,
pero en mi vida he gozado
como soñando gocé...
Cubiertos de resplandores
mil ángeles sonreian,
y á mi corazon ceñian
blanda cadena de flores.
Yo reia y ví despues
de alegría el alma llena,
ceñir la misma cadena
al corazon del Marqués.

MARQ. (Con gozo.) (Oh!!)

- AUR. Y con fraternal abrazo
de un modo tan dulce presos,
no secaban nuestros besos
de flores el tierno lazo!
Y aunque oirme no le cuadre,
ví despues de gozo henchido
un semblante tan querido
como el semblante de un padre.
- DUQUE. ¡De padecer no concluyo!
¡¡le amas!!
- AUR. Sí: y no me inquieto,
los ángeles han sujeto
mi corazon con el suyo!
- DUQUE. ¡¡Esto mas!! vamos, que aquí,
hija mia, me sofoco!
- AUR. ¡Oh! yo su perdon invoco,
perdónele usted por mí!
- DUQUE. ¡Calla! ¿perdonar? ¡me aterra
de esa palabra el sonido!
- AUR. ¡En el cielo es bendecido
el que perdona en la tierra!
- DUQUE. ¿Quién perdona si va en pos
su huella siempre de abrojos?
- AUR. Alzando al cielo los ojos
porque allí perdona Dios.
- DUQUE. ¡Silencio! y vámonos ya!
tu voz de mi calma abusa.
- AUR. (Con explosion y ternura.)
¡¡Usted me arrojó á la Inclusa...
y ¡¡yo le perdono!!
- DUQUE. (Herido de pronto.) ¡¡Ah!!
- AUR. Sintiendo rotos los lazos
que son del bien embarazos,
el que ciego huyó la luz,
ve, si contempla una cruz,
abiertos siempre unos brazos.
Y observa con emocion,
que el llagado corazon
cura de pronto su herida,
y es porque está allí la vida,
y es porque allí está el perdon.
Dios, desde su alto trono,

de su bondad en abono,
á los que llegan gimiendo
siempre dice, sonriendo:
—¡Llegad á mí: yo os perdono!—
El que ciña la corona
que en el perdon se eslabona
será feliz si tal dice,
que Dios la boca bendice
del que en la tierra perdona.
Y cuando á hacer tal llegamos
envian los frescos ramos
su aroma mejor al viento:
que es muy hermoso el momento
que una ofensa perdonamos.
(El Duque llora visiblemente.)
Y si el que perdon implora
cuando dice—«¡perdon!»—llora,
cómo dejarle que siga?

DUQUE. (Arrodillándose á su derecha y besándole una mano.)

¡¡Hija, que Dios te bendiga!!

MARQ. (Arrodillándose á la izquierda y besándole la otra mano.)

¡¡Que Dios te bendiga, Aurora!!

(Telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Palacio del Marqués de San Gil. Salon suntuosamente alhajado con tres puertas ojivales al fondo. Por entre los recogidos portiers de las mismas se descubren profusion de arañas que dan luz á otros salones, en los que se ven circular parejas. Al levantarse el telon se oyen los acordes de una orquesta que toca un wals. Puerta lateral izquierda. En frente de ella una mesita con papeles y un candelabro encendido.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ASUNCION, vestida con gran elegancia aparece pensativa recostada en un divancito. El MARQUÉS entra por el fondo vestido de toda etiqueta.

MARQ. (Dirigiéndose á ella con solicitud.)
¿Cómo es eso, madre mia,
estás triste, qué te pasa?
Vuelve tus queridos ojos
y escucha; ves? ¿cómo bailan!
No ha faltado ni un pariente
de los que en Madrid se hallan
á la cita que les dí
en nuestra régia morada.
¿Cómo habian de faltar
tratándose cual se trata
de la boda del Marqués
que se encuentra en la abundancia?

ASUNC. Dicen que las alegrías
como los pesares matan:
esta á mí no me ha matado,
pero estoy tan agitada
que no sé lo que me digo
y creo que nuestras almas
son juguete de esos sueños
que en narraciones fantásticas
envuelven en nubes de oro
los poetas que los cantan.
¿Sabes algo, hijo querido,
de lo que ha pasado?

MARQ. Nada:
sólo sé lo que tú sabes:
recibimos esa carta
en la cual se nos decia
viniéramos á esta casa
que era nuestra, como todo
lo que dentro de ella estaba.
Y en efecto, aquí vinimos,
aquí encontramos las galas
que tuyas fueron un tiempo
y tenias empeñadas:
aquí dentro de un cajon
sellado con nuestras armas,
con los títulos se encuentran
nuestras vendidas alhajas,
y por do quiera miramos
terciopelos, sedas, gasas,
criados que nos respetan
y llenas de oro las arcas.

ASUNC. Hijo mio, este es un cuento
fabricado por las hadas.

MARQ. Esta es la mano de Dios
que siempre al humilde ampara,
y al mirarnos tan humildes
poderosa nos levanta
despues de habernos probado
como ántes á Job probara.

ASUNC. Es verdad: ¿mas dí, hijo mio,
no tienes sospechas vagas
de quién el autor será

de esa misiva encantada?
MARQ. ¿Cómo? si no tiene firma!
pero oye, ¿no me contabas
cuando há poco procurábamos
encontrar alguna causa
que nos diera la razon
de todas nuestras desgracias,
que entre tus sueños veias
un ser de torba mirada
gozando en nuestros dolores
con su sonrisa sarcástica?
ASUNC. ¡Sí que le he visto, hijo mio!
MARQ. Pues la carta es del fantasma.

ESCENA II.

DICHOS, ENCARNACION, FILOMENA, trajes de baile.

ENC. Picaron, dónde te escondes?
MARQ. ¡Condesa!
ENC. ¿Cumplidos?... ¡vaya!
MARQ. Aquí, señora, ignorando
que tal beldad me buscaba.
ENC. Lisonjero!...
MARQ. No señora!...
ENC. Asuncion... (Hablan aparte.)
FILOM. Primo del alma,
no he visto lazo más mono
que el de tu corbata.
MARQ. Muy bonito debe ser
cuando tu boca lo ensalza;
porque en materia de gusto,
¿quién á Filomena gana?
FILOM. ¡Adulador!...
MARQ. Filomena,
todo aquel que adula engaña,
y no es posible engañar
á belleza tan galana.
FILOM. Já! já! já!
ENC. ¿Niña, qué dices?
MARQ. Nada: de embromarme trata,
me quiere tanto esta chica,

- y tiene tan buena pasta!...
- ENC. Quién duda que te queremos?
- MARQ. Claro...
- ENC. Mas las bromas cansan!
(Á su hija.) ¿Por qué no vas á bailar?
- FILOM. Primo mio, ¿tú no bailas?
- MARQ. Se me ha olvidado.
- ENC. (Á su hija.) Ves tú...
- FILOM. (Sentándose.) Mámá, estoy muy fatigada.
- ENC. Pero Gonzalo, ¿qué es esto?
pregunto á tu madre y calla.
- MARQ. ¿El qué?
- ENC. Este lujo soberbio...
estas magníficas salas...
- MARQ. Já! já! já! querida tia,
la explicacion es muy clara,
que me ha tocado no piense
el premio de esta jugada...
- ASUNC. (Levantándose.) Me voy á echar un vistazo
ahí os dejo acompañadas...
- ENC. (Besándola ruidosamente.)
¡Tú tan fresca como siempre!
- FILOM. (1d.) Por usted dias no pasan.

·ESCENA III.

EL MARQUÉS, ENCARNACION, FILOMENA.

- ENC. Conque, sigue...
- MARQ. Es muy sencillo.
Tia, me dió la humorada
de vivir por las bohardillas
y lo cumplí sin tardanza
mintiendo miseria en toda
la extension de la palabra.
Porque el que el mal no conoce
despues no goza á sus anchas
de las venturas que el bien
extiende ante nuestras plantas.
Ya conozco bien el mal.
- ENC. ¿Conque esto ha sido?
- MARQ. ¡Una chanza!

FILOM. ¡Ya lo dije yo, mamá!
MARQ. ¡Qué penetración tan clara!
Pues mira, lo disfracé
tan bien, que á veces pensaba
yo mismo que era verdad.

ENC. }
FILOM. } ¡Já! já! já!

MARQ. Rían con gana,
porque yo también me río.
Siempre faisán empalaga,
y dije, tengamos hambre,
así como suena en plata,
y me salí con la mía,
porque le juro que en chanza
he pasado muchas noches
soñando con las patatas.

ENC. }
FILOM. } ¡Já! já! já!

ENC. Ya supusimos
nosotras que se trataba
de una cosa parecida.

MARQ. ¿Cómo no?

ENC. Pues si no, ¡calla!
íbamos á consentir
siendo como es tan cercana
la línea de nuestro...

MARQ. ¡Justo!

ENC. Y un muchacho en quien se hallan
reunidas tantas virtudes,
de tanto talento...

MARQ. Gracias.

FILOM. Tan elegante.

ENC. Tan bueno.

FILOM. Tan discreto.

ENC. Tan alhaja.

FILOM. Con ese genio...

ENC. Ese porte...

FILOM. Y su apellido...

ENC. Y su fama.

FILOM. ¿Quién no hiciera?...

ENC. ¿Quién vacila?

FILOM. ¿Quién se olvida?

- ENC. Quién dudara...
- FILOM. Yo queria...
- ENC. Yo pensé...
- MARQ. Gracias, señoras, mil gracias,
que yo no merezco tanto.
- ENC. Pero, hija mia, no bailas?
- MARQ. Me cansé al fin de ser pobre
y de sufrir tantas lástimas,
y el ser rico tiene hoy
cierta novedad que agrada.
Ya una vez en posesion
de mis trenes y mis galas,
dije para mí: invitemos
á mi familia adorada,
pues que trato de casarme,
á que presencie en mi casa
la firma de los contratos
que me han de llevar al ara.
- ENC. (¡Ah!)
- FILOM. (¡Ah?)
- ENC. ¿Decirnos no quieres
el nombre de la agraciada?
- MARQ. Yo soy el afortunado,
mas dispensadme que haga
un paréntesis aquí...
- ENC. ¡Bah! ¿de sorprendernos tratas?
- MARQ. ¡Justo!
- ENC. ¡Y ha venido!
- MARQ. ¡Sí!
- ENC. (¡Oh! ¡la impaciencia me abrasa!)
- FILOM. (Cogiendo la cadena del Marqués.)
¡Qué leontina tan bonita!
- ENC. Pero, hija mia, ¿no bailas?
- MARQ. ¡Déjela usted! te la ofrezco,
¿te gusta?
- ENC. No seas pesada.
Por supuesto, Gonzalito,
lo que te dije en mi carta
convendrás que fué por broma.
- MARQ. Es claro, ¿de eso quién habla?
- FILOM. Igual que yo cuando fuí...
- MARQ. ¡Justo! pues sólo faltaba

que hubieran ido gozosas
á insultarme en mi desgracia.
Las bromas es mi sistema,
pesaditasó no darlas.
Voy á ver, con su permiso,
si mis convidados bailan.

ESCENA IV.

DOÑA ENCARNACION, FILOMENA.

FILOM. Qué bolonio es este chico!

ENC. Es un infeliz.

FILOM. Si fuera
más listo nos trataria
con helada indiferencia.

ENC. Es que hay razones...

FILOM. Entiendo,
el buen Gonzalo se acuerda
que se habló de nuestra boda
desde nuestra edad más tierna,
y es claro, nos quiere dar
esta agradable sorpresa.

ENC. ¿Contigo?

FILOM. ¿Pues quién lo duda?

ENC. Es muy lejana la fecha;
no te ha tratado...

FILOM. No importa,
ya me tratará: á la legua
se le conoce que en mí
es en la esposa que piensa.

ENC. Pues no opino: no te hagas
ilusiones, Filomena,
que luégo te ha de herir más
del desengaño la flecha.

FILOM. Por qué no sé ha de casar
conmigo, dime?...

ENC. ¿No observas
que el Marqués por su carácter
y continuas peripecias
es todo un hombre maduro,
y que en él locura fuera

casarse con una niña
que tus pocos años cuenta?
Juntas intenta encontrar
con el amor la experiencia,
y á tu edad los pensamientos
son nubecillas ligeras
que un soplo leve del aire
de un lado al otro se llevan.

FILOM. No me convences, mamá.

ENC. Lo que Gonzalo desea
es hallar una mujer
de mi edad.

FILOM. ¡Pues está buena!
entónces parecería
que en lugar de ir á la iglesia
iba el niño con mamá
para llevarle á la escuela.

ENC. Chiquilla, ¿cómo te atreves?
pues qué, soy yo alguna vieja?

FILOM. Vieja no; pero comprende
que es grande la diferencia
que entre los años que tienes
y los de Gonzalo media.

ENC. No es tanta; además ignoras
que se cuentan por docenas
las bodas que hay de esta clase,
porque el carácter compensa
la distancia que en la edad
puso la naturaleza.

FILOM. Já! já! já! por lo que dices
voy comprendiendo que sueñas.

ENC. Ya lo verás.

FILOM. ¿Qué?

ENC. Já! já!

FILOM. (Nada! lo dicho! chochea!)

ESCENA V.

DICHOS, DAMAS y CABALLEROS que entran por el fore.

SRA. 1.^a Espléndido está el salon!

RA. 2.^a Es una soirée soberbia!

- SRA. 3.^a Este Marqués es un chico
que en semejantes materias
á nadie cede la palma;
¿no opina usted, baronesa?
(Se van sentando.)
- SRA. 1.^a ¡Quién lo duda! Encarnacion,
me parece que estás seria,
no te diviertes?
- ENC. ¿Y quién
será el que no se divierta?
estoy pensando otras cosas
de alguna más trascendencia.
- CAB. 1.^o Señoras, puedo jurarles
que ni en Rusia ni Inglaterra
donde he estado mucho tiempo,
y que son ambas las reinas
de los bailes de buen tono,
y de esta clase de fiestas,
no he asistido á una reunion
que compararse á esta pueda.
- CAB. 2.^o Es que al Marqués en buen gusto
nadie ventaja le lleva.
- CAB. 3.^o Desde niño descubrió
las más envidiables prendas.
- CAB. 1.^o Yo lo sé mejor que nadie:
fuimos juntos á la escuela
quedando despues unidos
en la amistad más estrecha.
- SRA. 1.^a Nos quiere mucho.
- ENC. ¿Quién duda?
- SRA. 2.^a ¡Es tan bueno!... (Siguen ap.)
- CAB. 1.^o (Ap.) Filomena,
creo observar en tus ojos,
y es ahora la vez primera,
cierto desden, ¿me equivoco?
- FILOM. Arturito, como quieras.
- CAB. 1.^o ¿Es un rompimiento?
- FILOM. Bueno.
- CAB. 1.^o No hablemos mas.
- FILOM. Si te empeñas...
- SRA. 1.^a (Ap. al Caballero 2.^o, que la habla al oido.)
No sea usted fastidioso

esto se acabó!

- CAB. 2.^o ¡Enriqueta!
(Ap.) ¡Ya me he quedado sin dote!
- SRA. 2.^a (Ap. al Caballero 3.^o)
Te ruego que no te atrevas
á volverme á hablar de amor.
- CAB. (Id.) Ignoro que razon tengas...
- CAB. 1.^o (Alto.) ¡Já! já! já! ¿y quién será
de todas la predilecta?
- TODAS. ¡¿Cómo?!
- CAB. 1.^o Es natural, señoras:
hoy nos llama á su presencia
el Marqués para firmar
sus contratos, y quisiera
saber á quién entre todas
ha de dar la preferencia.
- ENC. Hijo, para eso comprende,
y comprenderá cualquiera,
que ha de haber alguna historia
anterior...
- FILOM. ¡Justo!
- ENC. Y que él sepa
que es correspondido...
- SRA. 1.^a Claro!
- ENC. En fin, que haya habido cierta...
pues de escoger no se trata
como aquel que escoge peras.
Con estos antecedentes,
hace un momento, en reserva,
me reveló sus propósitos
de darnos una sorpresa.
- FILOM. Y á mí me dijo lo mismo.
- SRA. 2.^a Y á mí...
- SRA. 3.^a Y á mí!
- SRA. 1.^a Buena es esa!
pues á mí hace ya dos meses
me descubrió tal idea.
- ENC. Supongo quién ha de ser;
no es esto decir que crea...
- FILOM. Ni yo.
- SRA. 1.^a Ni yo.
- SRA. 2.^a Yo tampoco.

SRA. 3.^a Tampoco yo.

ENC. Mas pudiera...

FILOM. (¡Qué infeliz!)

SRA. 4.^a (¡Qué empalagosa!)

SRA. 2.^a (¡Qué presumida!)

SRA. 3.^a (¡Qué necia!)

CAB. 1.^o Dése ya por discutido
suficientemente el tema,
pues el héroe de tal día
hacia nosotros se acerca.

(Todas se componen, arreglan los vestidos, peinado, etc.)

El nombre sabremos pronto
y el dulce iman de sus penas.

ESCENA VI.

DICHOS. Aparece al foro el MARQUÉS llevando del brazo á su madre y rodeado de algunas Señoras y Caballeros. Conduce á su madre á un sitio de preferencia y los demas se van sentando convenientemente. Él queda de pie.

SRA. 1.^a ¡Marqués!

MARQ. (Saludando á unas y otras.) Señora, ¡qué grato es para mí este momento!

(Á una.) Pero tome usted asiento.

(Á otra.) ¿Cómo pagarle este rato?

CAB. 1.^o Marqués, te vemos al fin;
¿mas dónde has estado, dónde?

MARQ. Es muy sencillo, vizconde;
divirtiéndome en Pekin.

CAB. 1.^o ¡Já! ¡já! ¡já!

MARQ. Es mucho cuento.

SRA. 1.^a Conque en Pekin? ¡pues no es cosa!

FILOM. ¡La ocurrencia es deliciosa!

SRA. 2.^a ¡Como suya!

SRA. 3.^a ¡Qué talento!

MARQ. Allí estuve un sultan hecho
fuera de esta eterna lid,
pues los aires de Madrid
me dañaban algo el pecho.
Pero les juro en conciencia

que á ninguno eché en olvido,
pues me consta que han sentido
profundamente mi ausencia.
¿No es verdad, nobles parientes,
que esto les causaba enojos?
¿mas por qué bajan los ojos
y al suelo inclinan las frentes?
Despues de desastres mil
no me he muerto, ¡no, miradme!
¡Ya estoy aquí! ¡abrazadme!
¡¡soy el Marqués de San Gil!!
El Marqués en carne y hueso,
que á extraña tierra partió,
y hoy á su casa os citó
para veros exprofeso.
¡La familia! clara estrella
que nuestras penas concilia!
¡quién duda que la familia
es una cosa muy bella!
Con afán de ella me ocupó,
viendo que de varios modos
aquí nos juntamos todos
formando un hermoso grupo.
Por eso os hice venir:
si de nosotros cualquiera
en la desgracia se viera,
entre todos ¡á vivir!
Si encontrásteis sin reposo
por esas calles de Dios,
de su mala suerte en pos,
un hombre triste, andrajoso;
si le mirásteis llorando,
así al cruzar, de pasada,
alargar su mano helada,
una limosna implorando;
si es que alguno le encontró,
que no pierda su alegría....
diz que á mí se parecia;
pero no ¡cá! no era yo.
Digo esto con el fin
que nunca podais creer...
¿Cómo habia yo de ser

si me encontraba en Pekin?

CAB. 1.º ¡Es claro!

VARIOS. Já! já!

MARQ. Corriente.

Si álguien os aseguraba
que en la miseria me hallaba
no lo creais; ¡ese miente!
Cierto que hallé sin regalo
y en grandes apuros ví
á uno parecido á mí,
llamado tambien Gonzalo.
Haré pronto que recobre
vuestro pecho su reposo,
porque ¿seré tan dichoso
teniendo cara de pobre?

VARIOS. Já! já! já!

MARQ. ¿Será que apesto?

Veo que me he equivocado
porque os contemplo á mi lado
y algo quiere decir esto.
Y no creais que me explico
vuestra venida aquí hoy
porque conozcais que soy
infinitamente rico.

CAB. 1.º Entónces, con tales modos
insultaras...

VARIOS. ¡Eso es!

MARQ. Basta de disculpas, pues
os conozco bien á todos.
Las riquezas, en mi vida
me afané por su esplendor,
pues no hay mentira mayor
ni ventura más mentida.

CAB. 1.º ¡Es claro!

CAB. 2.º ¡Cierto!

CAB. 3.º ¡Verdad!

ENC. Tiene razon.

SRA. 3.ª ¡Tiene un pico!...

MARQ. Me parece que me explico
con alguna claridad.
Conque basta de sermon;
todos alegres estamos;

- y pues que igual opinamos
que prosiga la funcion.
- ENC. Con placer al fin te vemos
nuestra turbacion, Gonzalo,
no achaques á nada malo,
porque todos te queremos.
- FILOM. ¿Quién lo duda?
- SRA. 1.^a ¡Todos, sí!
- SRA. 2.^a Yo no le olvidé... confieso...
- SRA. 3.^a Yo esperaba su regreso...
- CAB. 1.^o ¡Me he acordado más de tí!
- MARQ. Y yo fuera un temerario,
y mi alma á tal no es propensa,
si haciendo á todos ofensa
supusiera lo contrario.
- CAB. 1.^o Pues te juro!
- CAB. 2.^o Pues no miento.
- CAB. 3.^o Mis continuos sinsabores...
- MARQ. Gracias, mil gracias, señores,
ahora escuchad un momento.
Veo á mi familia toda,
dando de gozo señales,
venir á los esponsales
de mi ya cercana boda.
- ENC. Todos vinimos...
- FILOM. Sí...
- SRAS. Sí...
- ENC. Y la novia falta...
- MARQ. Esa
no falta, noble condesa,
porque la novia está aquí.
Ya se aproxima la hora
en que el notario...
- ENC. (Con angustia.) Marqués,
dinos...
- CAB. 1.^o Que diga quién es.
- MARQ. (Abriendo la puerta lateral izquierda y sacando de
la mano á Aurora vestida con esquisita elegancia.)
Lo vais á saber... (Presentándola á todos.)
Aurora.

ESCENA VII.

DICHOS, AURORA, á quien Doña Asuncion y el Marqués conducen á un sillón.

ENC. ¡¿Su criada?!

FILOM. (¡Su criada!)

SRA. 1.^a (¡Quién pensara!)

SRA. 2.^a (¡Qué capricho!)

MARQ. ¿Mi criada? quien lo ha dicho está muy mal informada. No recuerda mi memoria que halla más grande otro ser; y me tendreis que creer si me escuchais: va de historia. En una bohardilla insana, parece que la estoy viendo, se encontraban pereciendo un mancebo y una anciana. La pobre anciana llorando, el jóven pensando en Dios, y protegiendo á los dos un ángel siempre velando. Su familia era pudiente y sin vergüenza causarles jamás llegó á consolarles la voz de ningun pariente. Tan espantosa agonía en silencio devoraban, y los parientes callaban, pero el ángel sonreía. Llegó un dia que en su afán no hubo pan para estas gentes!... ¡mudos siempre los parientes! y el ángel les trajo pan. Y con rencor sobrehumano, para su eterna mancilla, los echó de la bohardilla un pariente muy cercano. La pobre vieja lloró, invocó el jóven al cielo,

y el ángel tendió su vuelo,
y en sus alas los cogió.—
¡Bajad al suelo las frentes!
¡la anciana! (Señalando á su madre.)
¡el mancebo veis!
(Señalando á Aurora.) ¡el ángel ahí le teneis!
¡y vosotros los parientes!
Hoy firmo mis esponsales,
y porque guardéis memoria
os he contado esta historia
con sus pelos y señales.

ESCENA VIII.

DICHOS, un LACAYO, despues el NOTARIO.

LACAYO. El notario!

MARQ. ¡Bien venido!

FILOM. Vámonos! (Levantándose.)

(Todas las señoras se levantan ménos Asuncion y Aurora.)

ENC. (¡Oh, qué tormento!)

MARQ. (Con la mayor dulzura y galanteria.)

Esperad sólo un momento,
porque aún no hemos concluido.
Siéntese.

(Al Notario, ofreciéndole asiento en una mesita que habrá apropósito, y mientras aquel saca los papeles y el Marqués se dirige á Aurora, dice al Caballero 2.º la Señora 1.ª y Doña Encarnacion habla con la Señora 3.ª)

FILOM. (¡¡Arde mi pecho!!)

SRA. 1.ª ¿Carlitos?

CAB. 2.º (Inclinándose.) ¡Nones!

SRA. 1.ª (¿Qué escucho?)

SRA. 2.ª ¿Ernesto?

CAB. 3.º (Inclinándose.) ¡Lo siento mucho!

FILOM. ¿Arturito?

CAB. 1.º (Inclinándose.) ¡Buen provecho!

NOT. ¿El nombre de la señora?

MARQ. Aurora...

NOT. (Escribiendo.) Aurora... ¿de qué?

- (Todos callan.)
MARQ. (Por ella lo siento ¡á fe!)
ENC. (Con ironía.)
No se llama más que Aurora.
NOT. Aurora, sí! lo he oído
y lo he trasladado al punto;
ahora, señores, pregunto
sólo por el apellido.
(Las señoras hablan unas con otras riéndose.)
AUR. (¡Qué humillacion!)
MARQ. (¡Qué te altera?)
SRA. 1.^a Con qué pretensiones viene!
FILOM. ¿Apellido? no lo tiene.
SRA. 3.^a ¡¿No lo tiene?!
ENC. ¡Es inclusera!
AUR. (En decírselo confío,
mas lo ignoro...
MARQ. (¡No te alteres!
¿Para qué más nombre quieres
si hoy me honro dándote el mio?)
SRA. 2.^a ¡Pues no quiere saber poco!
ENC. ¡Es donosa la ocurrencia!
AUR. ¡Yo fallezco!...
LACAYO. (Anunciando.) ¡Su excelencia
Duque del Solar!
SRAS. ¡El loco!

ESCENA IX.

DICHOS, el DUQUE DEL SOLAR.

- AUR. (Corriendo á él y abrazándole con efosion.)
¡¡Padre!!
DUQUE. ¡Deja que me asombre!
hija mia, qué te pasa?
AUR. Dios mio! mi frente abrasa!
¡¡ya saben todos mi nombre!!
(Dirigiendo á los convidados una mirada llena de
desprecio.)
ENC. (¡Su padre!)
FILOM. (¡Hija suya!)
SRA. 1.^a (¡Oh!)

•DUQUE. ¡Si de ocultarlo no trato!
¿no se firma hoy tu contrato?
¡pues á verlo vine yo!
Quien tu corazon aflija
muy malvado debe ser!
Señores, tengo el placer
de presentarles mi hija.
De ella sin tener razon
siempre alejado he vivido,
pero al fin nos ha reunido
por siempre este medallon. (Sacándolo.)
Dejad que su nombre invoque
¡que está en él mi dicha toda!
y cual regalo de boda
en su cuello lo coloque. (Se lo pone.)

CAB. 1.º (¿Qué misterio?...)

AUR. (Á su padre.) ¡El alma opresa
á Dios se alza bendiciendo!

CAB. 2.º (Á 3.º) ¡Pues no está loco!

CAB. 3.º (Á 2.º) No entiendo.

FILOM. (Á Encarnacion.)
Vámonos, mamá!

ENC. (¡Duquesa!)

MARQ. (Á Doña Encarnacion.)
Iba usted del mal en pos
gozándose en el ultraje,
muérase usted de coraje
y no olvide que hay un Dios!
¡Mas mi madre! me parece...
lo temí, ¡tanto afanarse!
(Á los convidados que empiezan á desfilarse hasta que
no queda ninguno.)

¡Señores, no hay que asustarse,
con frecuencia esto padece.

(Á Aurora.)

Tu tacto en esto está ducho,
ayúdame, bella Aurora...

(Al Duque ap.)

Tenemos que hablar.

DUQUE. Ahora.

MARQ. (Reparando en que están solos.)
Se han ido, me alegro mucho.

(Empujando, ayudado de Aurora y dos lacayos, el sillón de ruedas en que está Doña Asuncion hácia la habitacion de la izquierda.)

¡Que no profanen mi casa!

(Al Notario.)

Mañana los esponsales.

(Se retira el Notario.)

(Á Aurora.) Hazle aspirar unas sales porque esto pronto se pase.

(Desaparece Aurora por la habitacion izquierda.)

ESCENA X.

El DUQUE, el MARQUÉS.

MARQ. Por fin le llevo á encontrar hoy frente á frente, ¡y para Dios! tenemos que hablar los dos, señor Duque del Solar.

DUQUE. Hablaremos, Marqués, sí, y hoy su bondad solicito, tanto de ella necesito que á implorarla vine aquí.

MARQ. En usted hay tal confusion que en vano mi mente explora...
¿cómo es hija suya Aurora?
¿por qué le pide perdon?
¿Y es para mí, segun creo?
¿pues en algo le he ofendido?
¿si nunca le he conocido?
¿si hoy segunda vez le veo?
Y aunque tuve un dicho en poco...
sin embargo, voy creyendo... (Breve pausa.)

DUQUE. Dígalo usted, no me ofendo: le han dicho que estaba loco. Y es cierto: eso viene á ser mi disculpa más cumplida, pero mi razon perdida la he recuperado ayer. Ya que mis errores toco, no olvide en su buen acuerdo que si hoy habla con un cuerdo

hace un dia estaba loco.
El que mis actos miró
lástima de mí tuviera,
porque sólo un loco hiciera
lo que en su mal hice yo.
Escúcheme usted, Marqués,
pues que Dios nos ha reunido,
y despues de haberme oido...
¡cuanto quiera haga despues!
Un hombre gozaba fiel,
bendiciendo su destino,
su ansiada luna de miel,
cuando á destrozarla vino
un anónimo cruel.
En él se decia el nombre
del que su honor ultrajaba;
la esposa á poco espiraba
dando una niña, y el hombre
tambien de existir dejaba!
El anónimo creyó,
y al ver que los dos morian
su pobre razon perdió,
pues pensó que ambos sabian
que el anónimo leyó.
Capaz de esa avilantez
juzgó á un ángel sin doblez,
sin ver en su desconsuelo
que la esposa se iba al cielo
y el hombre al cielo tal vez.
Hoy, de la razon en pos,
comprendo que si los dos
murieron en un momento,
no fué de remordimiento
sino porque quiso Dios.
Ya aquella razon confusa
concluyó por ser demente,
dejando en su rabia ilusa
á aquella niña inocente
abandonada en la Inclusa.
Y sin tener más motivos,
juzgando sus males ciertos,
con propósitos nocivos,

ya que no pudo en los muertos,
juró vengarse en los vivos.

¿Cómo lo podía hacer
si sólo llegaba á ver,
cuando en su furor gemia
que delante de él habia
un niño y una mujer?

Él sus fincas asoló,
él al notario compró
con palabra cautelosa,
y una quiebra escandalosa
sus cálculos ayudó.

La miseria se cernia
con su bárbara alegría
y sus lúgubres colores,
y al pensar en sus horrores
el pobre loco reia!

Las joyas sus bienes eran,
y puso espías mandando
que las joyas que vendieran
las fueran ellos comprando
y al loco se las trajeran.

Tan espantoso tormento,
que á Dios en el cielo ultraja,
sólo en un demente encaja,
pues brincaba de contento
cuando veia una alhaja.

En continua agitacion,
y sin tener compasion,
pasaron dias y dias...
pero una vez los espías
llevaron un medallon.

Tendió al medallon la mano,
y al mirarlo ávido, ufano,
quedó cual de mármol hecho.
y se escapó de su pecho
un gemido sobrehumano.

Porque su memoria ilusa
vió una santa pereciendo
que lo besaba confusa,
y luégo un hombre corriendo
frenético hácia la Inclusa.

Fué á la casa, preguntó,
y lo que en ella pasó
sólo Dios sabe despues,
mas es lo cierto, Marqués.
que el loco á su hija encontró.
Su nobleza, su hermosura
y de su voz la dulzura
arrancaron sin enojos
llanto amargo de sus ojos
y de su alma la locura.
Entónces bien claro ví
que del error presa fuí,
y sin excusar vigilia
á aquella honrada familia
sus riquezas devolví.
Abandoné mi morada
y á ella les traje al momento,
quedando, por mi tormento,
de mi locura pasada
no más que el remordimiento.
Mi deber hice despues,
y sin que el dolor me aflija
echarme quiero á sus piés,
si me perdonó mi hija,
(Á sus piés.) no lo ha de hacer el Marqués?

MARQ. ¡¿En una anciana se encona?!
¡mi madre!

DUQUE. ¡Cuánto mal hice!

ESCENA XI.

DICHOS, AURORA, ASUNCION, por la puerta de la izpuierda.

AUR. Dichoso quien «¡perdon!» dice,
que Dios la boca bendice
del que en la tierra perdona!

MARQ. ¡Oh, sí!
(Levantando en sus brazos al Duque.)
¡Á mis brazos!

ASUNC. ¡Bendita!
(Forman dos grupos. El Marqués y el Duque abra-
zados y Aurora y Doña Asuncion id.)

DUQUE. ¡Qué momento tan dichoso!

AUR. Hay algo que generoso
dentro de las almas grita!
y quien su acento bendito
se atreva á poner á raya,
por donde quiera que vaya
¡maldito será, maldito!

MARQ. Por eso en llanto deshecho
beso tu bendita planta,
que ese grito se levanta
atronador en tu pecho.
¿Quién te escucharía, quién
sin entregarte la vida?

(Alzándola.)

¡tú eres mi Aurora querida!
tú eres! ¡LA AURORA DEL BIEN!

(El Duque besa la mano á Doña Asuncion y cae el
telon rápido.)

FIN.

POLIZA N. 17280

